



CUBA
VIAJE AL FIN
DE LA REVOLUCIÓN
PATRICIO FERNÁNDEZ

DEBATE

P 15678

Índice

Cubierta

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Período Especial

«A mí lo que más me gusta es bailar»

El final de la Historia (Febrero de 2015)

Graziella (Recuerdos de otro tiempo)

Escenas del milagro socialista (Marzo de 2015)

La embajada norteamericana (Julio de 2015)

La ciudad

La historia de Max Marambio

Old Glory (Agosto de 2015)

Empresa de Ferrocarriles

Grillo

Pontífice

Birán

El fin de la revolución

«¿Sabe usted lo que hizo la Revolución?»

SEGUNDA PARTE

«Compañero Obama»

«Cuba está cambiando» (The Rolling Stones en La Habana)

Abraham Jiménez Enoa (27 años)

Álbum familiar

Los noventa de Fidel (Agosto de 2016)

Rote Kapelle

TERCERA PARTE

La muerte de Fidel

La roca

«Un vacío...»

«¡Date cuenta!» (Marzo de 2017)

El tiempo perdido

Vía crucis (Septiembre de 2017)

El último socialismo (Abril de 2018)

Agradecimientos

Notas

Créditos

Para Sofía

PRÓLOGO

Todos los personajes de este libro son reales. A la mayoría los vi con mis propios ojos, y unos pocos se colaron de oídas. Como escribir sobre alguien es, en parte, inventarlo, procuré dejar que hablaran por sí mismos. No he pretendido hacer un juicio sobre lo que me contaron. Ellos eran esta historia: los habitantes de una iglesia donde la fe ha muerto.

Dejé con autoridades, militares, artistas, escritores, periodistas jóvenes, pequeños empresarios emergentes, rastafaris, jineteras y diletantes. Algunos de ellos hoy se cuentan entre mis amigos cercanos. Formé parte de un mundo social. La élite cubana es muy pequeña y promiscua, tanto o más que la del resto de los países latinoamericanos. Conviven con ella ex guerrilleros, ex terroristas y toda clase de excéntricos considerados «subversivos» en sus países de origen. Ladrones de bancos, luchadores sociales y sujetos que, aburridos del rigor de sus ciudades, sucumben al relajo habanero. En esta isla pirata apenas existen instituciones confiables: el poder tiene nombre y apellido. «Se puede jugar con la cadena, pero no con el mono», dice la ley fundamental del territorio.

Hubo un tiempo en que Cuba representó la juventud y el porvenir. El ingreso de «los barbudos» en La Habana fue aplaudido por las almas libres del mundo. La inmensa mayoría de los cubanos lo festejó. Los poetas, intelectuales y religiosos latinoamericanos participaron del coro que les dio la bienvenida a los revolucionarios. «Ésta es la copa, tómala, Fidel. / Está llena de tantas esperanzas / que al beberla sabrás que tu victoria / es como el viejo vino de mi patria: / no lo hace un hombre sino muchos hombres / y no una uva sino muchas plantas», escribió Pablo Neruda en *Canción de gesta*.

De eso queda poco, casi nada. Los jóvenes de 1959, o murieron o agonizan. Los que hoy tenemos alrededor de cincuenta años no fuimos protagonistas de ese entusiasmo, pero lo conocimos. Somos sus últimos testigos. Llegamos tarde para entregarnos por completo a la emoción revolucionaria, pero alcanzamos a sentir su fuerza espiritual, el encantamiento con la causa de los pobres y la exaltación de lo comunitario. En Chile combatíamos la dictadura junto al pueblo y en nombre del pueblo, mientras en Cuba, a esas alturas, los comunistas defendían la suya usando al pueblo como excusa.

Una vez que recuperamos la democracia, nos convertimos en la generación que vio fracasar el sueño de sus padres y maduró en tierra de nadie, entre multitiendas y altas torres de espejos que comenzaron a reflejar otro tipo de ilusiones. Debimos reconocer que ahí donde gobernaba esa emoción redentora, la pobreza no retrocedía. La apuesta comunista no funcionó en ninguno de los lugares donde se impuso y, durante los años noventa, el capitalismo terminó por expandirse en todo el planeta. Cuba persistió como un capricho. Su «salvador» cayó en la trampa del orgullo. Creyó que él era su pueblo y hasta el día de su muerte enfrentó a los Estados Unidos como si se tratara de un enemigo personal. Por eso cuando en diciembre de 2014 su hermano Raúl y Barack Obama aparecieron en la televisión, uno en La Habana y el otro en Washington, comprometiéndose a reanudar relaciones diplomáticas, entendí que comenzaba a escribirse el último capítulo de una larga historia. Fue entonces que partí a Cuba para ser testigo del fin de la Revolución.

Dos veces estuve en la isla antes del año 2015: una en pleno Período Especial y la otra cuando Raúl Castro acababa de asumir la presidencia de la República. Ambos viajes los cuento aquí. Desde enero de 2015 he ido y venido muchas veces, y gran parte de mi atención ha permanecido siempre allá. Espero que la lectura de este libro refleje el enamoramiento que experimenté por Cuba y su gente. En este *Viaje al fin de la Revolución* intenté retratar lo que ha quedado de ella: lo bueno, lo malo y lo inclasificable de uno de los proyectos sociales más ambiciosos de la historia humana, llevado a

cabo en esta pequeña isla que hoy habita en compás de espera, aunque sin esperanza. Asumen que la Revolución ha muerto y, sin embargo, no se deciden a enterrarla.

PRIMERA PARTE

PERÍODO ESPECIAL

La primera vez que viajé a Cuba fue el año 1992, en pleno «Período Especial». Con la caída de la Unión Soviética, la isla perdió su principal —única, en realidad— fuente de financiamiento y la economía se desplomó. Varadero comenzaba por entonces a desarrollar el negocio turístico. En ese tiempo, los cubanos no podían entrar a los hoteles. Al terminar el día, las jóvenes comenzaban a deambular cerca de las puertas de las discotecas con tenidas de noche y tacones altísimos, esperando que algún europeo las invitara a pasar con ellos.

Tenía veinte años entonces y llevaba más de un mes mochileando por México cuando la portera de mi pensión de Morelos, una adolescente de dieciséis a la que de niña le quedaba poco, me dijo que había llamado mi madre. Devolví el llamado enseguida, con la convicción de que había muerto mi abuelo. Hacía un año que estaba con su cabeza en la estratósfera, perdido, y sus seis hijas, entre ellas mi madre, esperaban que se apagara en cualquier momento. Pero no fue así. Solo quería comunicarme que José Antonio estaría en Cuba la semana siguiente y me invitaba a pasar unos días con él.

José Antonio está casado con una de sus hermanas. Hacía un lustro había vuelto del exilio y era entonces presidente de la Cámara de Diputados y miembro del Partido Socialista de Chile, en el gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia. Iba a Cuba a pasar sus vacaciones, invitado personalmente por Fidel a manera de agradecimiento, o algo así, por haber sido el encargado meses antes de negociar la reapertura de las relaciones diplomáticas con Chile tras casi veinte años de interrupción. La oferta era insoslayable. Viajé hasta la ciudad de Mérida en la parte de atrás de

muchos camiones, y un buen porcentaje del dinero que me debía alcanzar para otro par de meses patiperreando, lo gasté en comprar un pasaje a la isla.

Una semana más tarde aterricé en La Habana. Con esa informalidad extrema de los mochileros —pantalones cortados como los náufragos, poleras manchadas y sandalias—, iba caminando por la loza del aeropuerto cuando un hombre de guayabera blanca me dijo «¿Patricio?». «Sí», le contesté, y me indicó el Mercedes Benz negro que me esperaba. No era lujoso, pero sí institucional. De la complicidad con los vagabundos pasaba al rango de invitado de honor del máximo líder de la Revolución. El automóvil me llevó al Laguito, donde están las mejores casas de la ciudad, en medio de un parque con laguna y botes a remo.

En lo que duró esa estadía, estreché la mano de Fidel Castro en un acto realizado en la Plaza Vieja —«quisiera mostrarte yo mismo algunas cosas», dijo cuando José Antonio me presentó como su sobrino viajero, «pero no sé si sea posible», agregó antes de quitarme la vista de encima y decirle a mi tío que esperaba verlo pronto, para desaparecer a continuación entre la multitud, rodeado por sus guardaespaldas. También asistí a una reunión con Carlos Lage sin saber que era la esperanza blanca del régimen, y con mis primas le inventamos gritos de campaña a Juan Escalona —un fiscal nacional conocido por haber sido el acusador en el juicio contra el general Arnaldo Ochoa y el coronel Antonio de la Guardia en la así llamada «Causa Número 1», que terminó con ambos fusilados—, porque por esos días se estaba postulando para la Asamblea General. José Antonio reía nervioso mientras nosotros le proponíamos lemas como «¡Todo lo feo lo amonona, el gran Juan Escalona!», o «¡Si no le importa el qué dirán, vote por este Juan!» o el que a nosotros más nos gustaba sin darnos cuenta de lo que decíamos: «¡Un revolucionario que no perdona, ese es Juan Escalona!» También tomé ron con Silvio Rodríguez una tarde en que llegó a visitarnos y le pregunté, a propósito de su canción «Sueño con serpientes», qué le pasaba al ver que un sueño se convertía en pesadilla. También él estaba pre-

sentándose como candidato para integrar la Asamblea, y antes de responder habló de su gran cercanía con Chile, que sus verdaderos cómplices eran los militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (mir) y no los comunistas, contrarios a la vía armada. Al cabo de varias anécdotas respondió: «La Revolución cumplió su tarea dando educación y salud gratis para todos los habitantes de esta tierra y ahora su desafío es preservar estos logros».

Durante esos días en que participé de la comitiva oficial de mi pariente, también vi vomitar de borracho en las tardes al segundo hombre de la Cancillería cubana; además, me sacó a pasear una noche Robertico Robaina, entonces un treintaero presidente de las Juventudes Comunistas. Un año más tarde se convertiría en Ministro de Relaciones Exteriores y antes de llegar al 2000 sería defenestrado. Hoy está dedicado a pintar, pero en esa época bastaba una firma suya para que todas las cuentas quedaran saldadas.

Lo que vi durante esos primeros días de enero de 1992 en La Habana me confundió. Sería tergiversar los hechos si dijera que vivíamos en medio de la opulencia mientras el pueblo sufría el desabastecimiento total. Las autoridades con que compartíamos distaban de ostentar lujo alguno. Rogelio, el emético, aprovechó nuestra visita para tomar todo el alcohol que no conseguía cotidianamente. Su esposa, una mujer bigotuda que más parecía otro funcionario del ministerio que una cubana de a pie, las veces que comió con nosotros no dejó rastros en el plato. El gobierno se hallaba abocado a buscar nuevos amigos que le ayudaran a poner en pie su economía en ruinas, de modo que hacían lo posible por halagarnos. Una mañana nos sacaron a pescar en un lanchón con dos motores. A mí me ofrecieron el asiento del pescador. «¿Quieres hacerlo como Hemingway?», me preguntaron, y como de inmediato les dije que sí con una sonrisa de oreja a oreja, me colocaron la caña en un soporte a mi derecha y un vaso de ron en un agujero al otro costado. Yo había crecido pescando en las orillas de las costas chilenas, sentado en una roca con un nylon enrollado en un tarro, más bien *esperando*

pescar que pescando junto a los hijos de los pescadores de verdad, esos que viven del mar y que de noche se vuelven luces en el agua.

* * *

Distingo a lo lejos, desdibujado por la bruma mañanera, a un niño mirando el mar. Acaba de amanecer. Corren centenares de gaviotines por ese brillo que pintan las olas en la orilla y que apenas dura un instante antes de opacarse. La arena se llena de huellas diminutas. De pronto, aparece el bote que el niño espera. Una multitud de pájaros mucho más grandes que él lo rodean. El niño, excitado, se arremanga los pantalones. Ayuda a poner los troncos que servirán para que sus quillas no se empantanen. Junto a los pescadores que regresan y a sus compañeros que los aguardan, empuja el bote hasta dejar el agua lejos. Entonces trepa por sus bordes, y lo primero que descubre son los peces grandes, las albacoras y los atunes. Una vez lo estremeció encontrar ahí un tiburón, y tras preguntar si estaba muerto, tocarle los dientes. Esa mañana, como tantas otras, la pasó desenredando redes, sacando cabrillas, congrios y jureles del amasijo de cordeles. A medida que aumenta el calor, llegan los compradores y él levanta los pescados que piden ver, como si fueran suyos, como si él fuera otro más de los pescadores. A eso del mediodía, cuando ya la faena culmina y hasta los pelícanos se alejan de la caleta, regresa a su casa, ubicada en el sector más exclusivo del balneario, donde la vida recién comienza.

* * *

La barracuda

Por esos días, la Revolución vivía su momento más duro. «Comíamos lo que aparecía. En la canasta básica te daban seis libras de arroz por persona. Eso no alcanza para nada. Tres libras de azúcar. Un sobre de café por persona. El aceite aparecía muy de tarde en tarde. Desaparecieron todas las dietas de aves y carneros. El picadi-

llo de res que te metían en la carnicería era extendido con soya, y esto se conseguía rara vez. Todo lo demás había que conseguirlo en negro. No había combustible ni transporte. Te podías acostar a dormir en la calle tranquilamente. Casi nunca había energía eléctrica, y por eso ya no hablábamos de “apagones”, sino de “alumbrones”. Abundaban los padres de familia que trabajaban por un salario normal y no les alcanzaba para nada. Hambre, hambre, hambre, no, pero con seis libras de arroz y un pancito diario, con eso, si tú tenías un adolescente en la casa y lo veías todo así, el arroz tuyo se lo debías dar a él, hermano, y así comes un poquito menos. Entonces ese padre de familia que no tenía forma de buscarse un extra, iba en bicicleta al trabajo, y hubo mucha gente que se desmayaba en la calle por el esfuerzo físico, a veces sin desayunar. Fue cuando empezó a joderse este país. Putas ha habido siempre, pero antes eran más resselvadas. Ahí se soltó lo de las *jinetas* y con ellas la policía. Como debían combatir la prostitución, le cayeron encima a las muchachitas y empezó la corrucción. No habiendo un superior de por medio, todo se arregla con unos cuantos pesos cubanos convertibles.¹ En lugar de perseguir la delincuencia, andan jodiendo a las chamacas», me dijo Osvaldo, que en ese tiempo trabajaba de gáster, eléctrico y confitero, aunque estudió matemáticas en la Universidad de La Habana.

Eso era lo que acontecía en la ciudad cuando yo, sentado como Hemingway en la parte trasera del lanchón, siento que mi carrete empieza a sonar con fuerza, como un zumbido eléctrico que en lugar de chispas hacía saltar las gotas del nylon mojado que se alejaba de la caña a una velocidad impresionante. Uno de los marineros le gritó al capitán que detuviera los motores y de inmediato la tripulación se agolpó a mi lado. Arimel, que era quien me había invitado a sentarme ahí, se encargó de apretar el embriague del carrete y, en primer lugar, llamarme a la calma. «¡Allá viene, chico!», gritó de pronto, y entonces vi saltar a la distancia un pez enorme, el mismo que en esos instantes encorbaba la caña con la fuerza de un cordero. «No te apures», ordenó Arimel, «solo procura que la línea no

pierda tensión». Yo recogía en la medida que me lo permitía el animal, el que todavía en la distancia se dejaba ver unas veces a la derecha y otras a la izquierda, como un cuchillo inmenso que al caer parte el agua de golpe, salpicando gotas que parecían de hielo, mientras yo sudaba otras mucho más pequeñas de aceite hirviendo.

Al cabo de una media hora de avances y retrocesos, porque a veces el pez se rendía dejándose arrastrar hasta que recuperaba las fuerzas y volvía el rugido eléctrico del carrete, lo vimos asomar su cara junto al lanchón. «¡Cuidado!», gritó Arimel, «¡es una barracuda grandota!». Los otros dos tripulantes, cuyos nombres no recuerdo, me escoltaron con unos arpones larguísimos, y cuando la tuvieron a su alcance le clavaron en la boca. «¡Esta bestia, chico, muelde fuelte!», dijo Arimel, «¡de manera que se corren todos de aquí!». Ahora la faena quedaba bajo su mando. Le preguntó a sus marineros si ya lo tenían firme, y cuando le contestaron que sí ordenó que lo sacarán jalando al mismo tiempo a la cuenta de tres. El primer impulso permitió subir a la cubierta solo la mitad del cuerpo de la barracuda, lo suficiente para ver sus dientes largos y afilados. Recién cuando estuvo entero arriba y sus captosres lo mantenían con la cabeza firme contra el piso, finalmente conseguimos apreciar su tamaño real. Debía medir un metro y medio y pesar, al menos, veinte kilos. Cada tanto golpeaba con su cola la cubierta, provocando estruendos inquietantes. Arimel al ver que el animal se hallaba suficientemente debilitado, siempre sostenido por sus compañeros con la cabeza en el piso, como un delincuente neutralizado por la policía, se le montó encima y golpeó varias veces su cabeza con un fierro que parecía una ganzúa, hasta que el pescado empezó a sangrar por los ojos, y de las grandes sacudidas pasó a los pequeños tiritones de la agonía. Ya muerto, sus labios se recogieron y, es curioso, solo entonces, ya sin fuerzas, expuso de manera plena la ferocidad que escondió en vida. Sus dientes eran largas y filudas puntas de lanza, anchos en la base y finos como una aguja en el punto de la mordida.

Un par de horas más tarde —habíamos zarpado poco después de amanecer—, llegamos a un punto desde el que se podía ver con ni-

tidez la costa norteamericana. Por ese mar en que ahora nos divertiríamos, avanzaban remando con las manos balsas llenas de cubanos que intentaban alcanzar esas costas de Florida. Algunos perdían la vida o alguna de sus extremidades en la boca de los escualos que abundan por la zona. Me pregunté si las barracudas también comerían carne humana.

Fue más cerca de la isla que, al aproximarse la hora de almuerzo, Arimel y sus dos compañeros se pusieron mascarillas de buceo y gualetas y, sin advertirnos, se lanzaron al agua. Uno tras otro fueron asomando la cabeza al cabo de un minuto sumergidos, e inmediatamente a continuación de la cabeza, sus manos cargadas de dos langostas cada una, las que lanzaron a la cubierta sin tardanza antes de sumergirse nuevamente para volver con más, y mientras dos de ellos continuaban la cacería, Arimel puso a calentar una olla en la cocina del lanchón y fue sacando las que ya estaban cocidas para que las comiéramos, mientras sus compañeros se hundían y volvían con más. A un cierto punto, Arimel vio que yo intentaba trabajosamente sacar la carne de las patas de una de la langostas y me dijo: «Chico, no pierdas el tiempo; la cola y nada más».

Maryori

Mis tíos y mis primos se fueron, y volví de golpe a ser el mochilero de antes. Conseguí alojamiento en el municipio de Centro Habana, en un departamento ubicado en San Rafael con Espada. Era el segundo piso de una casa que se encontraba partida en dos, pero con los muros tan altos que, en su interior, habían construido un altillo de madera con otro par de habitaciones. Todo el inmueble era austero, aunque las columnas de la fachada aún dejaban ver, si no lujo, un pasado mejor. Por la calle Espada muy rara vez pasaba un auto y los niños jugaban fútbol todo el tiempo. La mayoría de los habitantes en esa zona eran negros o mulatos. La dueña de casa, de tez café y pelo blanco, tenía dos hijas, un hijo y una nieta. La hija mayor,